

cabeza a la primitiva harinera, cuando, durante la crisis finisecular, Cataluña empieza a molturar los ahora baratos cereales de importación en Sant Martí de Provençals, el nuevo «pulmón industrial de Barcelona», según la afortunada denominación de Nadal. La fabricación del azúcar de remolacha, en la que Aragón llegaría a producir a mediados de los años veinte casi la mitad del total español, constituirá durante el primer tercio del siglo xx un auténtico complejo agroalimentario que provocaría tanto una importante transformación de la agricultura, como el desarrollo de un notable sector alcohólico basado en el aprovechamiento de las melazas de aquel tubérculo. Esta industria agroalimentaria, eje de la primera y débil industrialización aragonesa, habría, a su vez, inducido ya en los años del cambio de siglo una incipiente industria metalúrgica dedicada a su propio equipamiento, así como al de la construcción y el transporte.

Al lado del complejo agroalimentario y la incipiente metalmeccánica, el de la generación eléctrica se convertiría en un tercer pilar de la industria aragonesa. Los abundantes recursos hidráulicos del Pirineo y del Ebro se ponen ya en explotación durante los primeros años del siglo, y centrales como las de Lafortunada o Seira, de Hidroeléctrica Ibérica y Catalana de Gas, respectivamente, se sitúan entre las principales centrales del país. En vísperas de la Guerra Civil Aragón llega a generar casi el 20% de la energía eléctrica española, y aunque la mayor parte de ella se destina al País Vasco y Cataluña, favorece, en todo caso, el establecimiento de 2 notables núcleos electroquímicos en Sástago y Sabiñánigo.

Al igual que ocurre en esta época en otras regiones periféricas españolas, el éxito de uno o 2 determinados sectores industriales –el agroalimentario, en este caso, y en menor medida el eléctrico– no fue suficiente para incorporar la economía aragonesa al grupo de las más dinámicas del conjunto estatal, y revertir el declive poblacional y económico relativo que había provocado su no incorporación a la primera generación de regiones que habían experimentado la Primera Revolución Industrial. Sí lo fue, de todos modos, para producir una mejora en el peso de la industria aragonesa dentro del conjunto español, y para provocar una no despreciable concentración industrial en torno a la ciudad de Zaragoza, aunque ello fuera a costa de provocar una agudiza-

ción del dinamismo poblacional y económico entre el entorno de la capital y el resto de la región.

Tras un breve capítulo acerca del período 1930-1950 sobre el que la valoración negativa del autor no difiere sustancialmente de la dominante sobre el período en otras regiones, el libro se cierra con 2 capítulos sobre la segunda mitad del siglo xx, separados por el eje del estallido de la crisis de los setenta. En el primero de ellos se destaca el crecimiento y el cambio estructural desarrollado en el sector agrario –superior al del conjunto español–, así como el cambio de especialización industrial desde el sector agroalimentario al metalúrgico durante la etapa desarrollista, cambios que en todo caso no evitaron que el desempeño general de la economía aragonesa fuera inferior al español. Por el contrario, el período que transcurre desde 1975 al final del siglo se habría caracterizado por un crecimiento de la población inferior al español, mientras que el PIB se expandió a unas tasas semejantes, dando como resultado una mejora de la posición relativa en términos per cápita. El desarrollo del sector de la automoción y la internacionalización de la economía aragonesa, relacionada con la integración en la UE y con la favorable situación logística de la región, habrían sido 2 factores de impulso que compensaron sobradamente el retroceso agrario.

El libro de Luis Germán presenta una excelente panorámica sobre la evolución de la economía aragonesa en el largo plazo y pasa a ser el manual de referencia sobre la historia económica de esta región. Constituye, además, un eslabón importante –al lado de los libros que citábamos al principio sobre Cataluña, Andalucía, Murcia y Baleares– para la construcción de una historia económica contemporánea de España desde abajo, desde la base de sus regiones, una construcción que deberá aportar nuevas perspectivas y plantear algunos de los problemas básicos de la historia económica de España, como mínimo, de otra manera.

Xoán Carmona Badía

*Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, España*

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2014.11.005>

**Luis Aboites Aguilar. El norte entre algodones. Población, trabajo agrícola y optimismo en México, 1930-1970. México D. F., El Colegio de México, 2013, 461 págs., ISBN: 978-607-462-496-0.**

Por varios motivos, esta historia del cultivo del algodón mexicano representa una obra de gran interés para los estudiosos de la historia económica mexicana en particular, y latinoamericana en general. No cabe duda de que en países que han basado históricamente su inserción internacional en la especialización en productos primarios, la historia del cultivo de esos productos supone, en buena medida, un estudio de la trayectoria de dicho país. En este caso, más que de un país deberíamos decir de una parte de este (el norte) y en un período histórico muy determinado, pero, como plantea el autor, decisivo, pues para la nacionalización del norte mexicano fue fundamental el cultivo del algodón. De ahí otro motivo importante para resaltar la relevancia de esta obra: el desafío de analizar un cultivo que tiene un fuerte impacto en la historia nacional (y regional), pero que a la vez representa una actividad productiva de enorme significación en la articulación del mercado mundial desde la Revolución Industrial. En este sentido, no resulta una cuestión secundaria tener en cuenta la enorme importancia histórica del cultivo del algodón en los Estados Unidos. Así, en el estudio del algodón mexicano cobra gran relevancia la consi-

deración de los vínculos comerciales, financieros, empresariales, laborales y tecnológicos entre los 2 países.

El libro analiza de forma rigurosa y documentada los diferentes ámbitos de la economía del norte mexicano que mayor transformación experimentaron con la expansión algodонера: la demografía, la formación de nuevas ciudades, la expansión del riego, la tecnificación de la agricultura, el rol de las empresas estadounidenses, la relación entre el mercado interno y el externo, la vinculación con la industria textil, el papel del Estado, el crédito, etc. No obstante, por sus implicaciones más allá de este caso y por la novedad historiográfica que suponen, nos gustaría centrar este comentario en 2 cuestiones: por un lado, la reinterpretación de la reforma agraria mexicana (especialmente del período de radicalización cardenista en los años treinta), y por otro, el análisis del Programa Bracero (1942-1964) desde el punto de vista del funcionamiento del mercado laboral binacional.

Tras la crisis de 1929, el poder de la antigua oligarquía terrateniente nortea fue puesto fuertemente en cuestión. Habitualmente, las transformaciones vividas en el campo mexicano durante este período son entendidas a partir de la dicotomía terratenientes-ejidatarios, dejando de lado la persistencia de una importante fracción de trabajadores sin tierra que continuó siendo fundamental para garantizar el cultivo del algodón. A partir de la historia de este cultivo, se puede observar cómo el paradigma interpreta-

tivo que ha dominado las visiones analíticas de la reforma agraria presenta omisiones y deformaciones significativas de la realidad. De hecho, a raíz del recorrido por el norte algodonero se perciben 2 cuestiones muy importantes a la hora de analizar los cambios sufridos por el mundo rural. En primer lugar, la importancia del desenlace privado del cambio agrario. Es decir, no toda la reforma agraria se tradujo en ejidos colectivos, sino que los predios privados tuvieron también un importante protagonismo. En segundo lugar, se pone de manifiesto que limitar la mirada sobre los cambios simplemente con respecto a las estructuras de propiedad (de terratenientes a ejidatarios y pequeños propietarios) omite lo sucedido con los trabajadores rurales.

Según el autor, más que de una reforma agraria habría que hablar de un cambio agrario, que se nutría de 2 fuentes. Por un lado, las dificultades que enfrentaban las grandes propiedades para lidiar con una disminución de los beneficios, un crecimiento de las deudas y las crecientes demandas laborales. Por otro lado, la movilización general de los trabajadores agrícolas por hacerse con tierras, una demanda que en realidad aglutinaba a un conjunto heterogéneo de actores que iba más allá de estos trabajadores (por ejemplo, repatriados, empleados de haciendas, arrendatarios y aparceros), permitiendo a los gobiernos posrevolucionarios articular una salida política al decisivo conflicto agrario en México mediante fórmulas de carácter conciliador que terminaron haciendo confluir políticamente los proyectos callista y cardenista.

Así, muchos antiguos trabajadores y arrendatarios se convirtieron en pequeños productores algodoneros, mejorando sus condiciones de vida, mientras que los trabajadores que no lo consiguieron, se hicieron más vulnerables. La reforma agraria dividió el campo mexicano, teniendo un efecto desmovilizador de primer orden entre las clases trabajadoras del norte (que habían tenido un considerable protagonismo en la Revolución de 1910). Antiguos jornaleros se hicieron ejidatarios y más adelante se convirtieron en patrones de otros jornaleros. Sin embargo, la cuestión fue más compleja todavía, pues los propios ejidatarios podían desempeñarse durante parte del año como jornaleros, incluso emigrar y fungir como braceros. De esta obra, se deduce que el estatuto heroico que la reforma agraria ha protagonizado en la formación del México contemporáneo ha sido más simbólico que real. Ciertamente, la política agraria seguida por Lázaro Cárdenas acabó con el régimen latifundista. Por ejemplo, en la comarca lagunera, uno de los epicentros de la actividad algodonera, el reparto agrario benefició a 34.000 de sus 40.000 trabajadores. Pero ¿y qué sucedió con los 6.000 restantes? De esos, la historiografía se ha ocupado más bien poco.

El cambio agrario se confundió con la etapa del más importante auge algodonero en el país, permitiendo establecer un mercado libre de trabajo. Por ello, en ningún sentido se puede comparar la experiencia mexicana con lo sucedido en otros casos de expansión algodonera, como fue el anterior en el sur esclavista estadounidense o el mozambiqueño durante el último período de la colonización portuguesa. En el funcionamiento de este mercado libre, un componente fundamental fue el Programa Bracero, que introducía directamente en la gestión de la fuerza de trabajo al gobierno federal. Especialmente en años de fuerte actividad, la posibilidad de que los jornaleros decidiesen emigrar como braceros a las explotaciones algodoneras de los Estados Unidos atemorizaba a los propietarios y a los empresarios locales. En Sonora, los patrones idearon una manera de retenerlos creando el Comité de Control de Pizcadores en 1955. Mediante este comité, se aprovechaba la confluencia de los aspirantes a braceros para obtener la mano de obra necesaria en los campos sonorenses. El comité estaba presidido por el principal empresario de la capital, mientras que el Gobernador de Sonora viajaba cada año a la Ciudad de México para acordar la «cuota» de aspirantes a braceros que se quedaría recogiendo el algodón en Sonora. Es decir, gracias al Programa Bracero las autoridades políticas se constituían en reclutadores de mano de obra. ¿Les recuerda algo más lejano en el tiempo?

No cabe duda de que la identidad mexicana está ligada históricamente al cultivo del maíz, pero posiblemente el algodón haya tenido una influencia mucho más importante en la transformación contemporánea del país. Primero, porque contribuyó decisivamente a desplazar los ejes de desarrollo de la república mexicana. Frente al eje tradicional Ciudad de México-Puebla-Veracruz, el algodón norteno creó un vínculo muy intenso con la industria textil y el mercado laboral del centro del país. Por otro lado, es evidente que la actividad algodonera (y todo lo que se mueve alrededor de la misma) fue fundamental para ensanchar la economía mexicana con el «vecino del norte» (incluso de forma más impactante que la industria maquiladora). Para el autor de este interesante trabajo está claro que el algodón debe considerarse un nudo económico y político del México del siglo xx, donde están involucrados mercados, créditos, instituciones, políticas públicas, tecnologías, fuerza de trabajo y prácticas productivas.

Alfredo Macías Vázquez  
Universidad de León, León, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2014.11.006>

**Miguel Suárez Bosa (Ed.). *Atlantic Ports and the First Globalisation c. 1850-1930*. Basingstoke, Hampshire (UK), Palgrave Macmillan, 2014, 203 págs., ISBN: 978-1-137-32797-0.**

En esta obra participan 10 investigadores pertenecientes a distintas universidades atlánticas, especializados en historia portuaria. Esta característica define el libro, pues a un primer capítulo, elaborado por el editor, Miguel Suárez Bosa, en el que se presentan los objetivos a cubrir y se indica cuál va a ser el hilo conductor del libro, le siguen 8 capítulos más que abordan el estudio de otros tantos puertos atlánticos, situados en la «periferia del capitalismo mundial», siguiendo palabras del propio editor. La evolución de las infraestructuras, los hechos relevantes y específicos de cada puerto, las instituciones portuarias y su gestión, así como la descripción de la actividad portuaria serán aspectos que cada uno de los autores reflejarán en el libro, relativos a una época denominada como «primera globalización».

Miguel Suárez Bosa plantea en el primer capítulo algunas de las características de este tiempo. Por un lado, los cambios tecnológicos que modifican la estructura del comercio internacional y empujan a los puertos a expandirse y renovarse. Como consecuencia de ello, es el tiempo en el que las condiciones naturales de los puertos dejarán de ser un condicionante y en la expansión portuaria tendrá cada vez más que decir la planificación de las infraestructuras y la mano del hombre. Además, explica cómo los puertos viven un proceso de integración en las regiones en que están ubicados y la forma en la que condicionan el desarrollo urbanístico de las ciudades que los albergan. Aquí encontraremos uno de los aspectos más interesantes del libro, puesto que veremos qué factores comunes y qué peculiaridades se presentan en los 8 puertos analizados.

En el segundo capítulo, Luis Gabriel Cabrera Armas describe la transición de los puertos canarios, desde su tradicional vinculación a la pesca y a la exportación de la cochinilla, hasta su conversión en puertos de escala de los grandes navíos a vapor durante